



José Ovejero

Los ángeles feroces



Galaxia Gutenberg

JOSÉ OVEJERO

Los ángeles feroces

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2015

© José Ovejero, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: RODESA
Depósito legal: DL B 17390-2015
ISBN edición rústica: 978-84-16495-12-2
ISBN edición en tapa dura: 978-84-16252-96-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Del cuaderno de AM (I)

No os identifiquéis conmigo. Yo no soy como vosotros. Y ninguno de vosotros es como los demás. La identificación es un atajo que no lleva a ninguna parte.

Ese chico que está ahí parado con una piedra en la mano podrías ser tú o cualquier otro. Desde esta distancia no queda claro si sonrío o si tan sólo entrecierra los ojos a causa del humo que sale de un contenedor de basuras en llamas. Su cuerpo refleja cierta lasitud, sorprendente en ese momento en el que la escena podría romperse por mil sitios, porque la amenaza lleva ahí demasiado rato y no creemos que vaya a tardar en desencadenarse la violencia.

Tiene clase, a su estilo, es decir, con ese estilo que incluye el cuero, los pendientes, descuido en el calzado y algún tatuaje no demasiado llamativo, apenas un signo, una afirmación de pertenencia. Y el mitón de cuero trenzado que protege la mano con la que empuña la piedra podría haber salido del cajón de su abuelo, de una tienda de moda vintage o de un basurero.

No está solo y sin embargo lo está. Es verdad, han ido llegando por decenas primero, después por cientos, y ahora son miles, pero no forman un auténtico grupo; no corean consignas ni cantan ni hay en ellos nada festivo o comunitario. La desesperación convierte su presencia en un asunto personal; esa rabia no es compartida sino que se multiplica en cada uno de ellos como una imagen sobre un espejo hecho añicos.

Aunque algunos son tan jóvenes que no es probable que los haya llevado allí la desesperación, y de hecho son los que parecen más felices, sonrín, se empujan, se apresuran, como si acudiesen a un estadio y no a una confrontación violenta. También han llegado a la cita unas pocas familias,

parejas muy serias que llevan a sus hijos, en algún caso a los abuelos, a cumplir con un deber cívico, quizá sin saber que en cuanto estalle la furia no habrá lugar seguro, y nadie, eso os lo garantizo, gritará las mujeres y los niños primero. Hay mujeres que se han presentado solas, o al menos no parecen comunicarse con los demás, están perdidas o abstraídas, con aspecto de madres de familia o, más bien, de haberlo sido antes de que ocurriese un deterioro difícil de precisar, con el pelo descuidado, ropa demasiado grande o demasiado pequeña, y sin gracia, como si hiciese mucho que han dejado de mirarse al espejo, te las imaginas secándose las manos en el paño de cocina antes de ir a la manifestación y acordándose de quitarse el delantal sólo después de cerrar la puerta. Otras aparecen en grupos de tres o cuatro, de mediana edad, habitantes de comunas o casas de acogida, muchas llevan cortes de pelo llenos de picos, fantasiosos trasquilones que dibujan telas de araña de cuero cabelludo, serpientes, animales con garras y alas. Y por supuesto enseguida distingues a aquellos que acuden siempre a las confrontaciones masivas, independientemente de la causa, profesionales del desorden, pero no te apresures a condenarlos, quizá tan sólo han visto antes que otros que por todas partes se trata de la misma lucha, quizá han entendido que el diálogo es una manera de engaño cuando las fuerzas son disparejas, y que hay que acudir en tropel, con perros sin correa ni collar ni bozal, con botellas o tetrabriks de alcohol barato, con los pies y los dientes sucios, sin respeto ni deseos claros, sin causa ni coartada. Piensa de ellos lo que quieras, pero no los desprecies porque no sean como tú. Desde la Revolución francesa, desde antes, desde mucho antes, desde que multitudes de hambrientos se amotinaron en pueblos y campos contra los impuestos reales y eclesiásticos, guiados a veces por chiflados de ojos brillantes y promesas de salvación eterna, desde que grupos de hombres airados quemaron las máquinas que supuestamente iban a hacerles más llevadero el trabajo, son ellos los que están en primera línea y defienden tus intereses

sin saberlo tú ni ellos. Llevan siglos haciéndote el trabajo sucio.

El sol se estrella contra el asfalto y se refleja en la chapa de los coches, por lo que si entrecierras los ojos, como hacía el chico, podrías creerte en una fiesta o en una discoteca en la que giran globos estroboscópicos, debido a esa multitud de destellos que rebotan sobre el metal de los vehículos que algunos imprudentes han dejado aparcados en las cercanías, sin ocurrírseles que antes de que acabe la noche muchos de esos coches serán como tortugas tumbadas sobre la concha, sólo que además tendrán los cristales rotos, la pintura arañada, y algunos habrán ardidido y se habrán fundido el plástico del salpicadero, el material sintético de los asientos, las manivelas de las puertas, la bandeja del portaequipajes, las ruedas. Humaredas negras señalarán dónde se encuentran esos precios ya sin valor alguno. Que no se engañen: el seguro, como la banca de los casinos, siempre gana, así que no cubre los daños producidos durante revueltas o catástrofes naturales; y lo que va a suceder es una mezcla de ambas.

El chico se vuelve porque a sus espaldas alguien da consejos a otro: si oyes la palabra futuro, dispara; rompe los dientes a quien mencione la revolución o el pueblo o la lucha de clases; méate en la pierna de quien diga esperanza; que no te detengan con esos conjuros. Huye de los curas de la rebelión, de las almas buenas, de los que creen; no hay nadie peor que quien todavía cree.

Es un hombre de unos cincuenta años, con cola de caballo y varios dientes de oro el que alecciona a un adolescente, un muchacho en pantalones cortos y camiseta de tirantes con las orejas traspasadas por una ristra de aros de metal barato; el muchacho asiente a cada consejo, pero se nota que su mente está en otra parte, que sus ojos escanean inquietos los alrededores, como buscando el origen de un peligro. Los ves y tienes que pensar en el entrenador de un púgil dándole las últimas instrucciones, pero el boxeador, aunque también asiente con la cabeza, está ya pensando en

los primeros golpes, en el dolor y en la rabia, está ya cargándose de adrenalina, su cuerpo ha comenzado a vibrar.

Cada vez más gente se agolpa en la plaza y en las calles adyacentes, empujando a los que llegaron primero hacia las barreras de metal que forman un embudo que termina en la primera línea de policías. Hay un rumor de voces igual al que se escucha a la salida de un estadio. Los policías han calado sus viseras como caballeros medievales antes de iniciar el galope lanza en ristre. Ya han volado algunas piedras, cinco o seis botellas, objetos metálicos, pero hasta ahora todo ello sólo parece una forma de medir la distancia y de ir tanteando los nervios de los policías y los propios. Al chico los policías le recuerdan vagamente una película vista hace mucho tiempo y rodada hace mucho más: un bosque en algún lugar frío y húmedo; la luz indica que amaneció hace poco; caballos en línea, de sus narices sale vaho; los jinetes tiran del freno, tan tensos como sus monturas; saben que dentro de poco se dará la orden, y callan, escuchan su propio corazón, incluso los caballos parecen conscientes de lo que va a suceder y producen sólo sonidos mitigados: leves golpes con las pezuñas contra la hierba aún cubierta de escarcha, cuidadosos amagos de relincho, y algunos, los más nerviosos, echan la cabeza repentinamente hacia atrás como si desearan lanzarse al galope. También los policías están formados en línea, y nos queda claro a ti y a mí que lo que más desean muchos de esos funcionarios es escuchar la orden de avanzar, primero como una falange ateniense, espoleados por el ruido rítmico de sus botas, y luego desgajarse en moléculas ordenadas para empezar a golpear no ciega pero sí indiscriminadamente a todo el que no vaya uniformado. Unos pocos, quizá más inexpertos, preferirían que el enfrentamiento no tuviese lugar, que toda esa energía contenida se disipase silenciosamente y regresar a casa sin el recuerdo del sonido de huesos rotos, los estampidos de las armas de fuego, los gritos de los heridos. Regresar a casa aliviados tras haber

sentido el placer de ir despojándose de todo el equipo protector sin haberlo necesitado.

Pero el chico en el que nos hemos fijado al principio, a pesar de ser tan joven, tiene suficiente experiencia como para saber que no va a ser así; sería decepcionante para casi todos, y además aquello no es el ensayo de una coreografía: es la guerra.

Ahora el chico avanza unos pasos, parece sopesar la piedra en la mano; sus ojos fijos en la barrera uniformada calibran la distancia: David contra un Goliat multicéfalo, un Goliat que es también la Hidra. Tenso ahora, perdida la lasitud de sus miembros, hace pensar en un saltador de altura que mentalmente reproduce ya los pasos que debe dar y el impulso de sus piernas en el momento preciso. Dicen que así nació el ser humano; si su cerebro se desarrolló más que el de otras especies se debe a que, cuando comenzó a caminar erguido por las sabanas, animal lento, sin garras, sin colmillos poderosos, sin coraza alguna, lo suyo no era el cuerpo a cuerpo. Fiaba la supervivencia a matar desde lejos, es decir, a alcanzar a sus presas con armas arrojadas; piedras primero, luego venablos y azagayas, más tarde lanzas o jabalinas; y ese cálculo preciso de la velocidad y la dirección de la presa, la potencia del lanzamiento, el ángulo, la propia velocidad y dirección cuando la caza se realizaba a la carrera, exigían un cerebro mucho más sofisticado que el de los animales que luchaban a dentelladas y zarpazos. Así dicen que empezó todo, así hemos llegado a donde estamos. Y ahora el chico ha retrocedido milenios, recupera esa manera sencilla de enfrentar el mundo, sin pensamiento ni palabra, tan sólo un cálculo primitivo y a la vez complejo.

Pero aunque esté tan concentrado en la barrera enemiga, un movimiento rápido a su derecha llama su atención, le hace detenerse, tender la mano izquierda como si con un conjuro mágico quisiera congelar el movimiento de la joven que se abalanza a todo correr contra el muro de escudos transparentes.

Se ha lanzado a la lucha con una decisión que ni siquiera en ese momento de sobresalto le pasa desapercibida al chico. La cabeza de ella embiste entre dos escudos, como para abrirse paso a cornadas, pero no es un toro o un animal ciego de rabia, para ello le faltan la potencia y la envergadura. Una de sus manos se cierra en un puño y golpea la visera de un policía al mismo tiempo que la cabeza choca contra los escudos; el ruido es mayor de lo que habría podido esperarse, quizá porque en ese momento de calma nerviosa todos contienen ligeramente la respiración y aguzan los oídos como animales que se suponen acechados. El golpe funciona como señal: tras apenas un segundo son cientos los que de repente echan a correr, unos con las manos desnudas, otros empuñando piedras, barras de metal, bates de béisbol, cadenas y, ahora sí, la batalla comienza de verdad, toda la rabia de ambos lados reventando en energía cinética, y se oyen nuevos golpes, y gritos (y alguna voz que llama a la calma y a evitar la violencia, ¡ingenuos!), y los cuerpos se rozan y se mezclan y deforman, y casi inmediatamente huele a sudor y a mal aliento. El joven se ha quedado parado, olvidando al parecer para lo que ha ido hasta allí; deja caer la piedra al suelo y se dirige hacia la chica que, tras caer de rodillas quizá por un golpe que él no ha visto, es derribada luego por el avance de los policías, y sólo después de unos segundos acaba por tumbarse despacio de costado, como si buscara un lugar cómodo para dormir. La sangre corre por su cara. Sus piernas tiemblan como las de una oveja enferma. Un policía gira la cabeza, la descubre allí recostada, en retaguardia, y hay algo que se despierta en su rostro, sentido del deber o sencillamente el deseo de clamar una primera víctima, de cortar la primera cabellera. Con la cabeza pegada al asfalto, ella lo ve llegar, y debe de ser impresionante desde esa perspectiva, el legionario uniformado, correa, casco, chaleco antibalas, un escudo transparente rectangular y convexo, botas de suela gruesa que alcanzan hasta media espinilla, como para protegerlos de serpientes o de ratas.

Lo ves avanzar con los ojos casi a ras del suelo y parece una estatua de otros tiempos en movimiento, un coloso de mármol al que han insuflado vida para que te destruya. Ella se incorpora y el policía da un salto sorprendentemente ágil para alguien que lleva tanta impedimenta; levanta el escudo con la intención de estrellarlo contra su cara. El chico se queda paralizado un momento, como si aguardase el resultado de esa acción, aunque él preferiría correr a toda velocidad e impedirlo, pero sabe que no llegará nunca hasta donde se encuentran ambos, porque demasiado tarde es nunca. Todavía la está mirando cuando otro policía le asesta a él un porrazo mal dirigido que rebota en su hombro, y sólo entonces los ojos del chico se vuelven hacia la porra y una de sus manos sujeta el antebrazo que se acercaba a su rostro ahora con mayor precisión. De la espalda saca lo que podría ser una porra eléctrica y el policía da un paso atrás, que no lo aleja lo suficiente. El chico consigue meter la porra entre el chaleco antibalas y el borde de la visera. Los ocho mil voltios entran en el cuerpo del funcionario por la aorta. El policía da un salto como si alguien hubiese tirado violentamente de él con una cuerda. El chico no lo ve tambalearse y caer porque ya se está girando para volver a localizar a la mujer que había dejado, como en esos momentos culminantes de una película televisada interrumpidos por la pausa publicitaria, justo cuando iba a recibir un golpe potencialmente letal. ¿Cuánto? ¿Dos segundos, tres? Y sin embargo ella continúa en el suelo alzando el antebrazo para protegerse y el policía sujeta el escudo en alto. No está claro si aún no lo ha bajado para golpear, (¿movido por la compasión?, no, nadie tiene compasión en esos instantes por las víctimas del otro bando) o si se prepara para el segundo golpe. Los manifestantes corren en todas direcciones, empujándose, tropezando, cayendo. La adrenalina podría ahogarlos. También corren los policías, pero no es una desbandada: ellos corren en pequeños grupos de tamaños similares, ocho o diez números en cada uno, ellos no chocan entre sí, y por eso cazan a los manifes-

tantes más lentos o que han perdido demasiado tiempo levantándose después de caer, y golpean con método: en el vientre para dejarles sin respiración —y cuando no puedes respirar el miedo es inevitable, ya no piensas ni te defiendes, sólo quieres respirar, nada más—, en las piernas para que caigan al suelo, en la cabeza para acabar con la última resistencia y, si hay suerte, provocarles lesiones de las que no sea tan fácil reponerse. Dos policías se quedan aporreando al caído, restregando su cara contra el asfalto hasta que se claven en sus mejillas y su frente diminutos cristales y piedras (siempre te acordarás de este día cuando te mires al espejo), y los demás continúan la caza; como en una carrera de relevos, los dos rezagados esprintan tras terminar su labor para sumarse a la unidad. Lo hacen bien, tienen años de preparación, clases teóricas, esquemas, gráficos, ejercicios virtuales y simulaciones prácticas. Y experiencia en el terreno.

El chico más que pensarlo lo absorbe, igual que no piensa en respirar ni en que al correr necesita que los pulmones reciban más oxígeno para enviarlo a las células ni en que debe expulsar el dióxido de carbono más rápidamente para no intoxicarse; sencillamente respira con fuerza, casi con violencia, y lleva tanto impulso su carrera que trastabilla al tener que frenar de repente, y choca contra el policía, mala suerte, no has aprobado el curso de castigo de manifestantes, te has quedado solo, idiota, teníais que ser dos, y ahora no hay quien te defienda de ese joven que se abraza a ti para no caerse y al mismo tiempo para evitar que sigas golpeando a la muchacha. Enseguida se repite la escena anterior: el chico saca la porra eléctrica, sortea el escudo, y la aplica al cuerpo del contrario, esta vez a un costado. La descarga hace al policía doblarse sobre sí mismo como si fuese a vomitar. El chico le arranca el escudo de la mano y le golpea en la cabeza tres o cuatro veces, hasta que no percibe otro movimiento que el propio. La plaza está ahora casi vacía. Unas pocas figuras acucilladas, como recuperando el aliento. Humo de las granadas. Líquido azul regado por el suelo, el que no ha

alcanzado cuerpos que marcar. Basura esparcida por todas partes, como si acabase de terminar un concierto al aire libre. ¿Puedes caminar? La chica se tapa la cara con la mano. Asiente. Venga, yo te ayudo. Pero tenemos que darnos prisa. Se apoya en él para caminar, aunque parece que las piernas la sujetan bien. Sin embargo, se le escapan quejas contenidas a cada paso; podría tener alguna costilla rota. Recorren varias calles alejándose de los gritos y el estruendo. Helicópteros y drones vigilan el núcleo de la manifestación, lo que queda del núcleo, y barren con sus focos las calles donde se libra la batalla principal. (Estábamos absorbidos por esta escena bélica y no nos habíamos dado cuenta de que ya está anocheciendo.) No parece haber patrullas de retaguardia, como si las autoridades creyesen que están ante el combate definitivo y hubieran enviado todas sus fuerzas a un Armagedón, que, no os engañéis, se reproducirá una y otra vez por muchos combatientes que caigan esta noche. Además, en este Armagedón no se sabe cuáles son las fuerzas del bien y cuáles las del mal, conceptos demasiado simples para dar una idea siquiera aproximada de lo que está sucediendo.

Él tira de ella por un brazo para obligarla a entrar en el portal. Por suerte vive cerca, porque si tuviese que recorrer la ciudad así, cubierto de pintura y de sangre, alguien, desde detrás de una ventana, cumpliría con su obligación de denunciar a los subversivos y una patrulla de civil les cortaría el camino. Ella desconfía, se resiste a entrar, otea el fondo del portal como si de él pudiese salir una alimaña. Da un paso atrás y hace un movimiento con la mano que podría ser una forma de despedida.

Venga, aquí estás segura. Es mi casa. Yo soy AM. ¿Tú cómo te llamas?

Alegría.

¿En serio? ¿Te llamas Alegría?

Ella echa la cabeza ligeramente hacia adelante y escupe un coágulo de sangre sobre una baldosa sucia.

El esqueleto de metacrilato resplandecía en una esquina del cuarto, parpadeando por las subidas y bajadas de tensión: las sombras proyectadas por los muebles y por el cuerpo arrodillado de Arnoldo bailaban contra las paredes según aumentaba y disminuía la intensidad de la luz.

Santa Muerte, protégeme de mis enemigos, dame la fuerza para destruirlos y un final sin dolor cuando ya no la posea.

El esqueleto, vestido con una túnica blanca de algún material sintético, sujetaba una bola del mundo sobre la palma de la mano izquierda y en la derecha empuñaba una guadaña.

Santa Muerte, Mictecacihuatl, tú que moriste poco después de nacer y por eso nada te asusta, enséñame el camino.

Un rayo luminoso salía entre las mandíbulas abiertas del esqueleto; la Señora de los Muertos, que durante la noche devoraba las estrellas, devolvía ahora la luz que había almacenado en su cuerpo huesudo.

Arnoldo se santiguó ante la imagen, que nunca se apagaba salvo cuando algún terrorista, o un idiota con ganas de divertirse, volaba un transformador cercano, y se levantó masajeándose las rodillas. Sobre una mesa baja había montado un altar a la Blanquita con guirnaldas de aluminio que él mismo había recortado con una cizalla, una botella vacía de tequila, una bandejita con pastillas alucinógenas, fotos encontradas en los vertederos ilegales –una de una mujer desnuda bajo un velo de monja– y distintos objetos o partes de objetos que iba añadiendo más por su color o su forma

que por su función. A la Santa le gustaba que le decorasen el altar y que se ocupasen de ella.

Arnoldo comprobó una vez más si funcionaba el móvil. Hacía tres días que estaba sin cobertura. Tampoco es que hubiese mucha gente a la que habría llamado con gusto. Pero sí lo buscaban a veces personas necesitadas. Acudían a él cuando no podían más. Pobres. Él socorría y ayudaba. Estaba en su naturaleza. No todo el mundo tiene la energía suficiente para salir de esas arenas movedizas en las que se transforma la vida. Necesitaban a alguien que tirase de ellos. Un brazo fuerte. Una mano amiga. Un pulso que no tiemble.

Se puso una sudadera negra con capucha que le daba un aspecto monacal. Se contempló en el vidrio de la ventana: los ojos hundidos, la barba rala, cierta palidez; el rostro enmarcado en lo negro y flotando borroso sobre un paisaje de rocas y arcilla. Le hubiera gustado mirarse en un espejo de verdad, pero en esa casa no había espejos. El último lo rompió de un cabezazo que le había dejado una cicatriz en el centro de la frente. Antes de salir, abrió la mirilla para comprobar que no había nadie afuera. Nunca había nadie.

En el camino que conducía a la ciudad tampoco se encontró con personas ni con animales. A través de las grietas del asfalto reventado crecían plantas, algunas de ellas comestibles. Arnoldo desconocía sus nombres pero distinguía las que se podían comer crudas y las que daban granos que, hervidos, calmaban el hambre. También había aprendido a reconocer las que provocaban dolores de estómago o vómitos o mareos.

Se desvió del camino al llegar a la linde de un bosque de árboles renegridos, como si los hubiese invadido una plaga de tizón o algún hongo que se había secado y aguardaba a la lluvia para reverdecer y seguir apoderándose de los troncos. Antes de adentrarse en él echó la mano a la espalda, a la altura del cinturón, para asegurarse de que no se había olvidado del cuchillo. Buscó alguna forma familiar en las nubes aún dispersas de un cielo que parecía estar encapotándose:

cabeza de animal –de especie imprecisa–, mujer tendida, un automóvil antiguo. Le hubiese gustado encontrar una nube que se pareciese a la Santa. Una aparición, les diría a los niños; la Blanquita se me ha aparecido en el cielo, os lo juro. Quizá se lo diría de todas formas. Sintió frío aunque debía de hacer ochenta grados Fahrenheit. El bosque que estaba atravesando había tenido hojas cuando él era niño, pero más que recordarlo lo imaginaba. Dio un silbido al llegar a las cercanías del poblado de chabolas. Enseguida escuchó ruidos: ropas, latas, voces roncadas, pasos. Volvió a palpar el cuchillo por si acaso. Los niños asomaron sus morros feroces detrás de unas piedras justo en la linde del poblado; debían de vivir en las chabolas más cercanas porque siempre acudían a su silbido sin demorarse. Corrieron todo lo deprisa que les permitían sus piernas, huesudas y sucias, compitiendo por quién era el primero en besarle la mano. Aunque los conocía desde hacía meses, aún no era capaz de decir de qué sexo eran.

Arnoldo introdujo los dedos en un bolsillo de la camisa y sacó una estampa. La levantó en el aire con dos manos, un gesto que a él mismo le pareció sacerdotal, de adepto a algún culto antiguo. Las caras de decepción de los niños le revelaron que se había equivocado de bolsillo. Les había enseñado la Blanquita. La guardó otra vez cerrando bien el botón no fuera a salirse por accidente; la Santa Muerte es celosa y no soporta que sus devotos lo sean de más de uno de sus avatares. Del otro bolsillo sacó a la Negrita y los niños le devolvieron la sonrisa.

Tenéis que encontrar a una mujer; necesito su sangre. Lo supe en el hospital, cuando... Se señaló la mandíbula para mostrar las dos cicatrices que le habían quedado allí donde le introdujeron los tornillos de titanio. ¿Tiene que ser ésa, no vale una cualquiera? ¿Es para un sacrificio?, preguntó la niña. Arnoldo sacudió la cabeza. No, no vale una cualquiera. La búsqueda va a ser difícil. Es joven, veintitantos, y es inmortal.

Aaah, dijeron los tres.

Inmortal, su sangre es más pura que el aire de la montaña. Y es hermosa, dicen. Yo no la he visto nunca. Morena. Pelo corto. Aunque la gente cambia de aspecto, se retoca como una fotografía. Delgada, eso no habrá cambiado. Grabadlo en vuestras cabezas.

Sobre todo debían buscar en los alrededores del puerto. Que husmeasen. Que preguntasen. Que amenazasen. La Santa Muerte exigía la sangre de esa mujer que la desafiaba. Y no podían permitir que el gobierno la encontrase antes. Su sangre no debía ser transmitida a otros.

¿Cómo sabes que aún no la han encontrado?, preguntó uno de los niños.

¿O que no está muerta ya?

El tercero abrió la boca pero no se le ocurrió qué añadir.

Arnoldo les tendió la imagen de la Santa Muerte para que la besaran.

Me lo ha dicho. Me ha dicho que está viva y que soy yo quien acabará con ella.

¿En un sueño?

No, esta vez estaba despierto. Entró en mi cabaña anoche, mientras dormía. Me despertó tocándome el hombro. Habló conmigo.

¿Cómo es su voz?

Como la del viento cuando sopla entre las ramas desnudas de los árboles al tiempo que arrastra las hojas secas. Llevaba una túnica tan negra que absorbía la luz de las estrellas, era como un embudo negro: todo se precipitaba en su interior, lo juro. Pensé que me iba a quedar ciego y tenía que taparme los ojos como cuando te deslumbra un resplandor. Se me puso la carne de gallina, mirad, aún no se me ha quitado.

Los chicos pasaron uno a uno la mano por el antebrazo de Arnoldo para tocar su piel erizada. ¿Veis?, dijo, ¿veis? La impresión no se le pasa a uno.

Los niños se miraron inquietos, forcejearon, hicieron cabriolas, se amenazaron con mordiscos amistosos, como pe-

rros excitados antes de que los suelten a perseguir la presa, queriendo ya ventear su olor e iniciar la cacería.

Corred, encontrad a la inmortal; la Santa os lo pide. Si queda satisfecha os besará con sus labios oscuros.

Como si acabasen de escuchar una promesa de felicidad, los niños partieron a la carrera, dando saltitos y lanzando piedras al horizonte.

Él tomó una vereda que antes había sido carretera y que se perdía entre los árboles secos. No se encontró con nadie de camino, pero por si acaso sacó el cuchillo de la cintura y lo empuñó. Se detuvo un momento a contemplar las cenizas de lo que había sido una fogata. Humeaban débilmente y pudo comprobar acercando la mano que aún despedían calor. Desperdigados en derredor se encontraban huesecillos de pájaros y de pequeños roedores, ningún cuerpo completo, tan sólo costillas, patas, manos, cabezas, todos perfectamente mondos. Sin embargo se echó un hueso a la boca y le dio vueltas en su interior con la lengua. Sabía a humo y a tierra, a objeto quemado y enterrado mucho tiempo. Escarbó entre las cenizas con la punta del cuchillo sin encontrar cosa de valor ni de sustancia. En los alrededores no se distinguía construcción ni cobijo ninguno, nada que le pudiese informar sobre quién se había calentado y alimentado gracias a aquel fuego. No se escuchaban trinos de aves; lo único que parecía vivir allí eran las lagartijas que corrían alucinadas sobre el suelo desnudo y se escondían a toda prisa bajo las piedras, en las grietas del suelo, entre alguno de los escaúlidos matojos.

Se detuvo para masajear la pierna izquierda, la mala. Se concentró en la rótula, explorando la cavidad que le había dejado años atrás un encuentro poco amistoso con unos policías de paisano. Puta pierna. Pero un día iba a romperles los huesos a ellos. Uno por uno, empezando por los pies y terminando por la cabeza. Introdujo los dedos entre el cuello y el collar, temiendo ya lo que se avecinaba. El móvil emitió un pitido. Otra vez la batería.

Cruzó un puente que atravesaba un río amarillento, con las orillas adornadas por nubes de espuma. Del otro lado sí había arbustos verdes, proyectos de árboles con hojas algo arrugadas o deformes, pero que prometían algún día formar un nuevo bosque. Atardecía ya, y Arnoldo imaginó el regreso a oscuras, atento a cada ruido, a cada movimiento. Mostró los dientes a un enemigo invisible y empuñó la talla en madera que llevaba en un bolsillo del pantalón. Santa Muerte, protege a tu siervo.

Llegó a las cercanías de la casa de la Reina cuando un cielo de nubarrones oscuros amenazaba con una lluvia que nunca llegaba, una lluvia anunciadora de un apocalipsis eternamente pospuesto. Entre la hojarasca se oía el susurro de patitas innumerables. Una bandada silenciosa atravesó el cielo, huyendo a regiones que a Arnoldo le habría gustado visitar. Ojos invisibles le observaban temerosos desde mil lugares, movimientos nerviosos de huida, orejas aguzadas, el hambre compitiendo con el miedo en todos esos cuerpos.

El collar le dio una descarga no muy intensa. Se estaba acercando demasiado a donde no debía. La sacudida se repitió, más fuerte, con el siguiente paso y siguió incrementando el voltaje a cada metro que se aproximaba a la casa. Habría querido poder quitárselo, pero para ello tenía que romperlo, y sabía que entonces estaría a merced de la Reina. Sin esa protección, regresaría una y otra vez a ella. Sin esa descarga que lo mantenía a distancia de la valla invisible sería otra vez su esclavo. El Loco rechinó los dientes. Sólo sirvo a la Santa, gruñó. La casa estaba donde siempre y tenía aspecto de lugar abandonado, ni un camino que condujese a la puerta de chapa. Ella estaba contemplando su lucha desde la ventana. Inmóvil. Una estatua asomada a esa casucha hecha de planchas de poliestireno cubiertas con restos de pintura aislante de varios colores, y ventanas irregulares de vidrio o plástico, que no se podían abrir, todo ello sacado de basureros, depósitos clandestinos, callejones en los que el viento va apilando la basura. Y el tejado era un saliente de la

roca. Él había sellado la junta de piedra y corcho blanco con espuma de poliuretano, años atrás, cuando aún quería complacerla. Había sido, seguía siendo, un artista de la construcción con materiales aleatorios.

Dio otro paso y la descarga le hizo contener el aliento. La Reina continuaba en la ventana, una efigie de hielo. El Loco había ajustado la valla invisible a un voltaje capaz de dejar inconsciente a un perro de pequeño tamaño –hizo la prueba con uno que luego tardó horas en recuperar el conocimiento y en escapar a la carrera emitiendo aullidos lastimeros– porque la cercanía de la Reina le hacía aún más daño; lo volvía abyecto, indigno; habría hecho cualquier cosa por una caricia. En una ocasión le ofreció amputarse un miembro a cambio de que ella le pasase la mano por el rostro. La Reina le sonrió, conmovida, pero se negó. Al menos eso debía agradecersele.

Si ahora quería ir a su morada no era porque desease su cercanía. La deseaba, claro, como la deseaba varias veces cada hora de vigilia, tanto que a veces se producía quemaduras y cortes en la cara interior de los muslos para que otra sensación más intensa le hiciese olvidarla, aunque sólo fuese un momento. Pero ahora no era el deseo sino el deber el que lo empujaba. Llevaba órdenes de la Santa. Tenía una misión que lo llenaba de orgullo. Dio otro paso y le pareció que el corazón sufría un pequeño estallido. Lo mejor habría sido atravesar la valla a la carrera. Pero le costaba trabajo decidirse. Se sentía como un moscardón que choca contra una ventana: aunque aturdido, está seguro de cuál es el camino, pero cada nuevo intento es más doloroso que el anterior. La diferencia era que él sabía que podía atravesar la barrera transparente.

Cerró los ojos y embistió por fin hacia la casa. La descarga se convirtió en un dolor entre las cejas como si algún parásito monstruoso intentara abrirse camino hacia el exterior a dentelladas; podía oírlo, su zumbido de rabia en los oídos. Sintió como si fuese a ponerse a sangrar por los ojos. Pero al

atravesar la línea, más gracias a la inercia que a la voluntad, la siguiente descarga fue un poco más leve, y un poco más la siguiente, ya un eco de las anteriores. Los últimos pasos los dio tropezando contra sí mismo y acabó tirándose al suelo con la esperanza de que desapareciera el dolor.

Arnoldo se quedó tumbado en la hierba húmeda y con olor a materia en descomposición; las náuseas remitían pero aún no podía respirar normalmente. Quiso escupir sin conseguirlo; tenía algo atorado en la garganta, a la altura del collar. Tirado como un perro al que han partido la columna. Con los ojos hinchados y llorosos, vuelto al cielo, implorando la misericordia del amo.

La Reina se había mantenido en la ventana. Sonriendo. No estaba enfadada con él. Apreciaba su espíritu de sacrificio, su entrega, su sumisión. Entonces desapareció y volvió a aparecer en la puerta abierta.

Hacía mucho.

Arnoldo sólo pudo expulsar aire ruidosamente por la nariz.

¿Me sigues queriendo, Arnoldo?

La Reina regresó al interior de la cabaña sin aguardar la respuesta. Aun a esa distancia, Arnoldo pudo oler su sudor aceitoso. Fue tras ella cuando logró ponerse en pie, a pasos cortos, buscando con cuidado dónde pisar sin perder el equilibrio.

No había cambiado nada en ella ni en la cabaña; Arnoldo tuvo la extraña sensación de haberse introducido en algún tipo de distorsión temporal que hacía que los años transcurridos se hubieran comprimido en un par de horas; la fantasía le provocó otra vez una ligera náusea, por lo que se sentó en el sillón, en su sillón. Ella se quedó de pie; su piel tostada resaltaba al asomar –las manos, los pies desnudos, el escote, la cabeza– de un vestido blanco resplandeciente; hacía mucho que Arnoldo no veía algo tan blanco: ya no nevaba como cuando era niño. Y el turbante, color sangre fresca, era el de siempre; nunca la había visto sin él. Tampon-

co cuando se desnudaba. Reprimió el impulso de agacharse a lamerle los pies.

¿A qué has venido? Dijiste que no volverías nunca. Te marchaste maldiciéndome.

Uno dice cosas, uno no sabe. El mundo da vueltas, y estás arriba o estás abajo, pero cómo averiguarlo. Arnoldo necesita hacerte una consulta. Se lo ha ordenado la Santa y si la Santa ordena Arnoldo obedece. ¿De qué sirve desear cuando el camino lo traza ella?

A Arnoldo le gustaba hablar en tercera persona en los momentos solemnes porque le parecía que eso daba más peso a los hechos, como si fueran tan interesantes como para merecer ser narrados por otros.

En la cara de la Reina no cambió nada. Ni siquiera parecía haberle oído. Al cabo de unos segundos se dirigió a la pared de roca y de una caja metálica que se encontraba sobre un saledizo extrajo una baraja. Se sentó sobre la alfombra cruzando las piernas y depositó la baraja boca abajo en el centro, delante de ella. Arnoldo hizo un esfuerzo por desviar la vista de los pies desnudos. Eran unos pies muy delgados, como hechos sólo de hueso cubierto de piel, una piel brillante como cuero sobado y olían a algún tipo de grasa animal. Arnoldo no sabía si era así el olor de su piel o el de un ungüento con el que la suavizaba.

Fue a sentarse frente a ella. Tomó las cartas y empezó a barajar con los ojos cerrados, intentando desprenderse de todos sus pensamientos. Desparramó la baraja con un movimiento de izquierda a derecha, un gesto familiar a pesar de los años transcurridos. Contempló el dorso de las cartas y le pareció mentira que algunas estuviesen ya elegidas antes de que él posase la mano sobre ellas. Estaban allí, los arcanos, esperando no a que los escogiera, sino a que diese la vuelta a esas figuras alineadas para él por el destino. Levantó una carta, la giró en el aire y, aunque lo esperaba, se sobresaltó: un caballero con armadura negra montado en un caballo blanco, la carta que no se debe nombrar. La Reina se encar-

garía de decir lo que fuese necesario sin pronunciar el nombre. La segunda en salir fue El Loco, y no pudo contener una mueca al reconocerse en ella; luego salieron sucesivamente La Emperatriz, Los Amantes y El Diablo. Cinco arcanos mayores en cinco cartas; ni uno solo de los cincuenta y seis menores. Incluso la Reina estaba impresionada; los ojos se le habían vuelto pozos negros cuyo fondo no se podía ver, si es que tenían fondo. Lo observaba como si intentase entender una transformación misteriosa que se había producido en él, algo que, por primera vez, escapaba a su comprensión.

Dime una palabra, lo primero que se te venga a la cabeza.

Sangre, dijo él sin pensarlo. La sangre de la impía.

Ella inspeccionó un momento la cara de Arnoldo. Él no habría sabido decir lo que pasaba por la cabeza de la Reina, pero estaba seguro de que ella sí podía entrar en sus pensamientos. Intentó no pensar en nada. No debía saber más de lo necesario.

La Reina cerró los ojos. Luego, con voz ronca y queda, comenzó a interpretar las cartas. Él casi no la escuchaba, o le parecía no hacerlo pero lo entendía todo. El mensaje era sencillo: La Muerte es la primera carta, el pasado pero también la que domina al resto, la que impone el sentido a las otras cuatro; luego llega El Loco, él mismo, Arnoldo, que se lanza a la aventura sin importarle el peligro; La Emperatriz es la mujer que busca, la dadora de vida, la madre, la que quiere perpetuarse; pero no está sola, y por tanto no debe buscarla a ella sola, sino a ese joven que la acompaña: Los Amantes, son dos y debe concentrar su búsqueda en una pareja, no en una mujer; pero atención, El Diablo acecha, con sus propios designios, con la espada que simboliza el poder, el maligno que puede provocar la desgracia y trastocar todos los planes.

La voz de la Reina era ahora un murmullo cada vez más ronco, como si otra persona hablase por su boca. No le habría extrañado verla caer de espaldas presa de convulsiones

y que expulsara a un demonio por la boca. Pero lo único que sucedió fue que se quedó en silencio poco a poco, igual que deja de manar un grifo que cierras lentamente. Unos minutos más tarde devolvió las cartas al mazo y éste a su repisa.

¿Con qué me vas a pagar esta vez?

Eres tú la que fija siempre el precio así que para qué preguntar. La Reina nunca pide de más ni de menos.

La Reina asintió. Cerró los ojos y se ausentó del mundo; allí quedaba ese resto mortal, en pie en medio del cuarto, una estatua ingrátida. Sin abrir los ojos dijo:

Uno de los niños. Me entregarás a uno de los niños después de haberla encontrado.

Cuando quería, usaba una voz tan suave que uno la escuchaba como si estuviese oyendo sus propios pensamientos. Así que Arnoldo tardó un rato en darse cuenta de que la Reina estaba esperando una respuesta.

Claro. El precio que te parezca justo, así ha sido siempre y las cosas no cambian de un año para otro. Nada cambia, tú no, Arnoldo tampoco.

¿Necesitas algo más de mí?

La Reina desplegó para él su sonrisa más mezquina, segura de lo que necesitaba. Pero él se había jurado que nunca más; él no iba a ser un esclavo toda su vida. Estaba harto de ser El Loco. En algún momento será El Emperador. Y para eso necesitaba disciplina, ser dueño de sus deseos.

Nada, no necesito nada. El Loco sabe vivir con lo mínimo, eso lo ha aprendido en el bosque y en las veredas.

¿Seguro?

Los ojos de ella le señalaban el sillón, y con la mano derecha deshizo ligeramente el nudo de la túnica.

Arnoldo agachó la cabeza y la sacudió violentamente. Se levantó de repente emitiendo un gemido, embistió la puerta con los brazos por delante y, sin dejar de correr, atravesó otra vez la valla invisible. Pero en esta ocasión el dolor le hizo bien, porque era el dolor de quien se desprende de una

adicción, el dolor del esclavo que rompe sus grilletes golpeándolos con un cortafríos: a cada impacto que repercute en su pierna, a cada herida cada vez que el metal de los grilletes se clava en la carne, se sabe más cerca de la libertad. Cuando giró la cabeza, todavía rechinando los dientes, descubrió a la Reina enmarcada en la ventana: se había quitado la bata y pegaba sus pechos negros y ya no tan firmes contra el metacrilato. Los pezones eran los ojos oscuros con los que vigilaba el mundo. Reía como una loca, la maldita.